

Presentación

No podíamos iniciar la presentación de esta entrega número 23 –que cuenta de nuevo con el Sello de Calidad de la FECYT (2022)– sin referirnos al terrible suceso, que colma hoy los medios de comunicación de todo el mundo, de la invasión rusa de Ucrania desatada el pasado mes de febrero. Estamos ante un acontecimiento gravísimo en lo que hace a los derechos humanos y el orden internacional y europeo, que ha arruinado las vidas de millones de ciudadanos de ese país soberano, pero también despertado una solidaridad digna de todo elogio. Su desencadenamiento evoca a no dudarlo el escenario bélico de la Europa del Este que trazaron los ejércitos de Hitler y Stalin en septiembre de 1939. Pero la agresión es mucho más entendible si se examina el papel que la Federación de Rusia y su principal dirigente vienen jugando en las dos últimas décadas. Este último, portavoz de un nacionalismo que siempre ha creído que el desfundamiento soviético no se debió a las crisis internas sino a una inconfesable conspiración de Occidente, se viene erigiendo en mesías de una Mancomunidad de Estados Independientes que se constituyó apresuradamente en 1991 en sustitución de su antecesora. Su convencimiento –tocado de misticismo y “eslavocentrismo”– de que está llamado a devolverla al rango de superpotencia viene siendo una de las “ideas fuerza” de su política exterior en los últimos quince años; y, con la presente guerra, los severísimos costes de esta obsesión han descendido hasta la categoría de daños colaterales rentables. Ahora bien, por mucho que lo parezca, no vivimos en los años de la Guerra fría y quienes han desencadenado el conflicto llevan camino de obtener el resultado contrario, y de convertir su propio país en un paria de la comunidad internacional, si no lo han hecho ya.

No sorprende el uso grosero que el estado agresor hace de su pasado cuando conecta la actual invasión con la llamada “gran guerra patriótica” de 1941-1945 y acusa de “nazis” a los ciudadanos del país agredido y a todos quienes les apoyan. La argucia puede servir de argumento para una campaña de desinformación interna –aunque se sabe que muchos ciudadanos rusos no se tragan semejante especie–, pero resulta esperpéntica ante una opinión pública internacional que tiene un acceso ilimitado a los medios de comunicación y a la cultura histórica. La tosquedad de ese uso de la historia alcanza tal magnitud que un deslenguado dirigente se ha permitido asegurar, para justificar la agresión, que Hitler también tenía orígenes judíos. El dicterio, que no es una teoría nueva sino un viejo componente del repertorio de la propaganda antisemita, no ha quedado sin respuesta diplomática. Y es que los usos del pasado se han configurado en un campo de estudios, de políticas de la memoria y de opinión pública, precisamente una vez concluida la Guerra fría que parecía ocupar el centro de la historia del mundo actual. El citado dominio lo que hace es actualizar aquel adagio de los clásicos de la “historia magistra vitae”. *Historiografías*, que cree que este apotegma no ha perdido relevancia, sino que solo se ha ido adaptando a los tiempos, viene fomentando el estudio de estos temas en la mayoría de sus entregas, y también en esta.

Este número abre su sección de “Historia y teoría” con dos trabajos sobre el uso del pasado. En el primero de ellos, “The History of the Millennium of Poland from the Perspective of Radio Free Europe’s Broadcasts, 1960-1966”, la profesora de la Universidad Jan Kochanowski de Kielce (Polonia), Anita Młynarczyk-Tomczyk, nos lleva al tema de la oposición polaca en la época soviética. En el segundo, el profesor de la Universidad de Barcelona (España) Edgar Straehle, “Roma y la *damnatio memoriae*”:

algunas observaciones sobre las tensiones antiguas entre el poder, la historia y la memoria”, nos introduce en las raíces, de factura clasicista, de la hoy llamada “política de olvido”, por algunos rebautizada, precisamente, como “*damnatio memoriae*”.

En el estudio de la profesora Anita Młynarczyk-Tomczyk el lector/a obtendrá información inédita sobre uno de los episodios y sus antecedentes más significativos de la “guerra de memorias” que libraron el régimen comunista polaco y la oposición: la celebración en 1966 de los mil años del “nacimiento de Polonia”, esto es, de la primera estructura estatal polaca, propiamente dicha, agrupada en torno a la llamada “dinastía Piast”. Como es sabido, en la década de 1960 el régimen polaco estaba representado por el incombustible secretario del Partido Obrero Unificado Polaco, Wladyslaw Gomulka, encarnador de un comunismo “a la polaca” –por establecer un paralelismo con lo que ocurría entonces en Hungría con el llamado “comunismo goulash” o comunismo “a la húngara”–, que combinada cierta desestalinización y una fidelidad a la Unión Soviética fuera de toda sospecha. La oposición fue impulsada o influida por el quizá más persistente movimiento de resistencia que existió en la Europa comunista, la Iglesia católica polaca, en este caso a través de la sección polaca de la Radio Libre de Europa, radicada en Múnich y de gran audiencia en los países comunistas. Como se verá en el texto, se trató de una disputa por la historia del país que se remonta a comienzos del decenio y que se hacía también eco de asuntos políticos en los cuales los radioyentes podían estar vivamente interesados: las relaciones entre germanos y polacos durante la Edad Media, que podían ser fácilmente extrapoladas a los problemas de las fronteras orientales que arrastraba la República Federal Alemana del canciller Konrad Adenauer, heredados de los Acuerdos de Yalta y Potsdam; el asunto de los orígenes medievales de la Iglesia polaca, que podía actuar de misiva contra el gobierno comunista de Gomulka; los “orígenes medievales” de las tradiciones democráticas, etc.

El trabajo del profesor Edgar Straehle es un documentado repaso por las prácticas de la antigua Roma destinadas a la llamada “*damnatio memoriae*”, un término que parece haber hecho fortuna en la publicística y la historiografía en los últimos tiempos para explicar aspectos de las políticas de la memoria de ciertas dictaduras del siglo XX.

No cabe extrañarse de este ajeteo de expresiones que parece extenderse en las interpretaciones de la historia del mundo actual. A fin de cuentas, la metáfora no solo forma parte de la creación literaria y ensayística: es también una herramienta de los estudios históricos y científico-sociales. De los clásicos del pensamiento social y la literatura procede la archiconocida frase “la historia se repite”, que ha servido a algunos autores para reflexiones sobre la política, la sociedad y el ser humano. Nada que objetar a este dicho, porque bien sabemos que el estudio del pasado y el presente es solo comprensible a través de relatos, imágenes, argumentos, conceptos y teorías. Es obvio que los acontecimientos humanos están sometidos a continuos cambios; pero si no pudiéramos hallarles parecidos razonables, mediante los recursos citados y la metáfora de la repetición, tampoco podríamos entenderlos. Para evitar las confusiones del lenguaje están precisamente los estudios históricos con su propósito de devolver los acontecimientos, ideas y autores a su época investigando sus orígenes y cambios a lo largo del tiempo.

La expresión “*damnatio memoriae*”, equivalente a política de olvido o eliminación del recuerdo, es una metáfora de ecos clasicistas que ha acabado hormigueando en la

cultura contemporánea. El artículo del profesor Straehle presenta un examen de las prácticas sobre condena, abolición, erradicación y desvaloración de ritos, símbolos, figuras y toda clase de representaciones en la antigua Roma. Un par de claves a retener en este interesante texto: la primera, que tales actividades fueron un fenómeno cambiante y dispar que no necesariamente pretendió enterrar a perpetuidad el recuerdo como parece dar a entender su actual uso; y, la segunda, que recibieron variadas denominaciones, pero entre todas ellas no se halla precisamente la de “damnatio memoriae”, solo vigente desde finales del siglo XVII. Una vez más, los estudios sobre la cultura clásica, con su capacidad investigadora, vienen en ayuda de la desmitificación o el desmontaje de los clichés que envuelven a la memoria del presente.

El tercer artículo de la sección es un repaso por algunos aspectos fundamentales de la teoría del conocimiento histórico, que proceden del ámbito de la filosofía, y de su repercusión en la historiografía. El texto se titula “Filosofía e historia, ¿un diálogo de sordos? Puntos de contacto en los debates en torno a la experiencia histórica entre 1890 y 1960”, y su autor es el profesor de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina), Agustín Rojas.

En *Historiografías* no es la primera vez que introducimos un tema como este, de innegable importancia porque, en nuestra opinión, es un signo de la permeabilidad intelectual que viene caracterizando a los estudios históricos desde finales del siglo XIX (véanse, por ejemplo, las alusiones a ello en las presentaciones de los números 13, 14 y 19). Recordemos, por ejemplo, que el historiador germano Ernst Bernheim, autor del más famoso manual de metodología histórica en aquella centuria, el *Lehrbuch der Historischen Methode* (tratado del método histórico) (1889), en la edición de 1903 decidió ampliar el título con la frase “*und der Geschichtsphilosophie*” (y de la filosofía de la historia). Está claro que con esta expresión no se refería a la vieja filosofía idealista de la historia, sino a la teoría del conocimiento histórico propiamente, esto es, al problema de las claves conceptuales e interpretativas del trabajo historiográfico que comenzaba a ser tema de debate entre filósofos, sociólogos e historiadores precisamente en el período de cambio de siglo. El texto del profesor Agustín Rojas hace un esclarecedor repaso por las contribuciones que las tradiciones filosóficas –y sus correspondientes seguidores en las ciencias sociales de varios países–, han prestado para contestar a las preguntas de qué es lo que hace factible el conocimiento de los fenómenos históricos, de si ese conocimiento puede ser considerado una ciencia y, en su caso, de qué clase de ciencia estamos hablando. En el artículo el lector/a encontrará útil información de cuáles fueron las aportaciones propias de las más importantes corrientes filosóficas en los años que van de 1890 a 1960 –tal y como reza el título–, esto es, el positivismo, el neokantismo, la fenomenología, el existencialismo, el “neopositivismo del círculo de Viena”, y sus receptores en el terreno de la historiografía, tal que los Benedetto Croce, Ernst Troeltsch, Charles Seignobos, Ernst Bernheim, Wilhelm Bauer, etc.

La sección de “Historia y teoría” la cerramos esta vez con un estudio de historia cultural: “*Don Pedro* y algunos aspectos interculturales del Vudú”, del profesor de la Universidad de Zaragoza (España), Manuel María Medrano Marqués.

Uno de los asuntos más complejos de los estudios culturales ha sido siempre el de la interculturalidad; en este caso, el modo en que los imperios de la edad moderna y el imperialismo contemporáneo han provocado la emigración, de un continente a otro, de

influencias que se acaban mezclando y generan “nuevas síntesis”. Porque, como dice el autor, el vudú haitiano, que de esto trata el estudio, constituye “una síntesis cultural espectacular” cuyo alcance podemos observar en tiempos recientes –en concreto en el terremoto que asoló esa isla a comienzos de 2010–. Este artículo, además de introducirnos en la compleja terminología del tema e informarnos sobre los profundos interrogantes historiográficos que lo rodean, sostiene una hipótesis que concuerda con la mayoría de los estudiosos, pero que también la enriquece. A saber, que el vudú es un fenómeno cuyos actuales componentes simbólicos y rituales parecen haberse configurado en los dos últimos siglos, en contacto con la presencia europea, aunque también hablamos de unas prácticas extraordinariamente sincréticas en las que se observan variadas aportaciones: desde la religión católica, hasta el folclore, pasando por la brujería y la masonería. Un tema extraordinariamente abierto y sugerente sin duda.

En el apartado “Varia historiográfica” hemos introducido dos trabajos que a buen seguro captarán la atención del lector/a. El primero, de la profesora de la Universidad de Buenos Aires (Argentina), Gilda Bevilacqua, lleva por título “La representación del Holocausto como problema en la historiografía”; y el segundo, de la profesora de las Universidades J. Selye (Eslovaquia) y Sopron (Hungría), Katalin Kéri, se intitula “Hungarian Works and Research on the History of Women’s Education until the Middle of the 20th Century”.

El tema de las representaciones del Holocausto lo hemos introducido en otras entregas (véanse los números 5, 8 y 18). El estudio de la profesora Gilda Bevilacqua nos conduce sin embargo a un problema central de teoría del conocimiento que ha venido subyaciendo al asunto durante el siglo XX, lo que ella llama “el problema de la adecuación entre evento y representación”. El cómo tratar las “representaciones sociales” fue una discusión desarrollada en la historiografía de las décadas de 1970 y 1980. En ella también acabaron aterrizando los estudios sobre el Holocausto a comienzos de los años 1990 gracias el famoso libro misceláneo de Saul Friedlander, *Probing de Limits of Representation. Nazism and the “Final Solution”* (1992). La razón de por qué un tema como este se ha visto afectado por los “problemas de la representación” no es difícil de columbrar si observamos las páginas del mencionado libro y de otros posteriores, convenientemente comentados por la profesora Bevilacqua. Estamos ante un asunto que, hasta los años 1980, fuera del estado israelí se reducía a ciertas asociaciones y revistas, y a unos pocos estudios históricos y novelas memoriales, todos de circulación reducida o parvo éxito editorial (aparte, el famoso juicio de Adolf Eichmann que tuvo lugar en Jerusalén en 1961, que sí fue atendido por los medios internacionales). A partir de aquella década el tema ingresa, a una escala internacional, en la cultura de masas y los usos públicos del pasado merced a la fundación de museos, debates en los medios de comunicación, difusión de exitosas películas –comedias incluidas–, reedición de novelas y lanzamiento de otras muchas. La tesis que defiende la autora, esto es, la necesidad de “historizar” las representaciones del Holocausto no importa que sean testimonios directos, estudios históricos o entren en la mucho más amplia categoría de las industrias de la cultura, está en sintonía con esa eclosión de representaciones. El libro de Friedlander ha ingresado sin duda en el panteón de los clásicos, pero sus posiciones en contra de las “representaciones inadecuadas” han quedado desbordadas en las tres últimas décadas. Para hallar la adecuación entre acontecimientos y representaciones hace falta un trabajo de historia cultural que no discrimine a ninguna de ellas. O, como dice la autora, se trata

de “vislumbrar y comprender qué clase de historia/s nos cuenta y construye la historiografía del Holocausto”.

El segundo de los estudios, el de la profesora Katalin Kéri, especialista en pedagogía e historia de la educación, nos conduce a la historia de las mujeres, un campo en el que *Historiografías* también se ha adentrado en varias ocasiones (véanse los números 8, 16, 17 y 19). Su artículo hace un repaso por obras húngaras clásicas de historia de la educación de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, que se detienen o conceden un papel notable a la educación de las mujeres; un tema este último que, desde finales del XIX en territorio húngaro, comienza a formar parte de los estudios históricos y acaba ganando un impulso investigador –ya en las primeras décadas del XX– que prácticamente lo convierte en un terreno científico. El artículo, además de informar sobre un asunto (la historia de la educación femenina en territorio húngaro) que la autora reconoce que es desconocido fuera del país, aporta una reflexión interesante: que el campo de la educación de las mujeres requiere de una perspectiva histórica que demuestra que sus orígenes son muy anteriores a los llamados institucionalmente “women’s studies”.

Gonzalo Pasamar